

biérase quedado tranquilo en España, se habría establecido sin resistencia en Italia, y enseñoreándose de todo el Mediodía de Europa, y penetrando en seguida en los países interiores, presentáramos ahora el triste cuadro de pueblos estacionarios, envilecidos y degradados; de esos pueblos que ahora el inteligente, el civilizado, el altanero europeo contempla con lástima y desprecio, al recorrer las inmensas regiones del Africa y del Asia.

Tan grave era la herida que habia recibido la sociedad, que ni aun con tan poderosos medios fué posible evitar grandes males, ni atajar el progreso de la barbarie; y la historia de aquellos tiempos nos ha conservado el recuerdo de una cadena de desastres, señalándonos una época en que parecieron estinguidas todas las luces; sin embargo, penetrando con ojo observador en aquel tenebroso caos, no se descubre una sociedad que se degrada, que se envilece, que camina á la muerte; nada de esto: lo que se nota sí, es un movimiento, una agitación, una efervescencia, síntoma de calor y de vida, un desasosiego trabajoso de una sociedad informe, que vivificada, fecundizada por algun elemento muy activo y poderoso, se esfuerza por dar á luz otra sociedad con formas regulares, robustas y hermosas: es el caos, pero el caos que ha oido la palabra creadora.

¿Quereis saber si ecsagero, si con mi fantasía doy vida á un cadáver? mirad: habia pasado poco tiempo, y la Europa se levantaba como un solo

hombre, y se precipitaba sobre el Asia: ¿son estos síntomas de abatimiento ni de muerte? ¿no revelan un gran fondo de vida, de fuerzas, de energía?

V.

Ya se ha podido observar que en todo el curso de este escrito, no he esquivado ninguna de aquellas épocas en que tantos cargos, segun se figuran algunos, se pueden amontonar contra el clero; no he mendigado ningun supuesto que pudiera favorecerle; antes con la historia en la mano he procurado presentar los hechos tales como son en sí, aplicándoles luego el análisis de una filosofía imparcial y sosegada. Insiguiendo en el mismo plan, voy ahora á traer los bienes del clero á un terreno nuevo, que á algunos les parecerá sin duda deleznable y resbaladizo; pero á decir verdad, no es mucho el miedo que yo tengo, ni de caída, ni de tropiezo.

Es tanto lo que se ha trabajado para hacer al clero odioso á los pueblos, echando mano á este propósito de una declamacion continua contra sus riquezas, presentándolas como un gérmen de miseria y calamidades, como un vehículo de tenebrosas intrigas y de maquinaciones opresoras, como un arma terrible de despotismo, como un origen de desmedidas y monstruosas desigualdades en las

clases, que á muchos preocupados lectores les ha de bastar el solo recuerdo de grandes bienes del clero para que le unan luego la idea de opresion, de gravámen, de menoscabo de toda clase de derechos, de monstruosas desigualdades sociales. Esta última consideracion, capaz de inspirar desaliento, porque desaliento inspira el tener que luchar con preocupaciones añejas, no será parte sin embargo á retraerme del empeño de manifestar que los bienes del clero han contribuido sobremanera á disminuir la desigualdad de clases en la parte que tenia de nociva, á emancipar á las inferiores, allanando el camino para establecer, no una igualdad completa y por lo mismo absurda, pero sí una justa proporcion, un saludable equilibrio. Escúcheme con atencion el lector, y si es instruido, si es filósofo, si es imparcial, abrigo algunas esperanzas de que sean cuales fueren sus opiniones, nos hemos de dar amistosamente la mano.

Antes de entrar de lleno en la materia, será bien aclarar algunas ideas que á la sazón se hallan entre nosotros muy oscurecidas, merced á la negra polvareda en que nos llevan envueltos seis años de combates y disturbios.

Las desigualdades sociales son de necesidad absoluta, como á fundadas en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, y son además un beneficio, porque sirven de poderoso resorte en la máquina de gobierno. Bajo uno ú otro nombre, con esta ó aquella forma, con mas ó menos disfraz, las

ha habido siempre, y siempre las habrá; no está lejos el escarmiento acontecido en una nacion vecina; quisose llevar el nivel por todas partes, se formó el empeño de igualar todas las clases, se acometió la empresa con una osadía increíble; y al cabo de poco se llegó á un resultado muy sencillo; desaparecieron todas las clases antiguas, solo que se establecieron dos de nuevas y únicas, verdugos y víctimas.

Pero como quiera que en las cosas humanas es muy raro el que se alcance un bien, sin tropezar al propio tiempo en algun mal, sucede con harta frecuencia, que el desnivel de las clases llega á tal extremo, que ni es conducente para la felicidad pública, ni está de acuerdo con los principios de equidad y justicia. Las ideas, las costumbres, las leyes, la forma de gobierno, y otras mil causas diferentes que se reunen, se amontonan, se combinan con el trascurso del tiempo, llevan á veces consigo estos defectos, estas monstruosidades si se quiere, pero no está en la mano del hombre el evitarlo. La corriente de los siglos que arrastra en rápido curso las generaciones humanas, escava insensiblemente en unas partes, amontona en otras, en su profundo cauce forma mil rodeos, tal vez sinuosidades estravagantes; aquí se ha ahondado una espantosa profundidad, allá se ha levantado un alto terreno, aquí la arena y las piedras han destruido, cubierto un hermoso campo, mas allá ha salido de las ondas una bellísima pradera: ¿cómo ha sucedido todo esto? ¿cómo? preguntádselo á esas oleadas que se

sucedan con tanta rapidez, que luchan con tanta violencia, que se estrellan con estrépito contra la ribera, y pasan y desaparecen confundidas entre sordos bramidos.

Cuando por una ú otra causa llega á crearse á favor de alguna clase un exceso de poder y riqueza, que por su desmedida mole embaraza el debido curso de la sociedad, impidiéndole el alcanzar su principal objeto, cual es, proporcionar la mayor felicidad posible para el mayor número posible, será siempre un inestimable beneficio todo cuanto se encamine á menguar este nocivo exceso, haciéndolo empero sin trastornos, violencias, ni injusticias. Si se ha de conseguir sosegadamente un bien tamaño, menester será que se encuentre en la sociedad alguna otra clase, que contrapesando á la que se habia engrandecido demasiado, vaya lentamente disminuyendo la dañosa preponderancia, que saliéndole siempre al encuentro, ponga límites á sus creces, coto á sus demasías, y freno á sus usurpaciones; y que sirviendo como de dique que devuelva con vigor la oleada que rechazan las opuestas orillas, establezca una sorda y provechosa lucha, que prepare equitativas compensaciones, y un saludable equilibrio.

Esa desigualdad escesiva, ese desmedido acumulamiento de poder y riquezas, que convierte la sociedad en una fuente de comodidades y regalos para pocos, y en un campo de sudor, de trabajos y de abatimiento para el mayor número, estaba en el feudalismo, que arraigado con la costumbre,

sostenido por la fuerza, rodeado de títulos y de leyes, y escudado por la ignorancia, se levantaba en medio de Europa como un negro gigante armado con toda la ferocidad de los bárbaros del Norte, y desvanecido con todo el orgullo de los antiguos magnates del Imperio.

Prescindiré yo ahora de la mayor ó menor justicia que presidió á su establecimiento, y de la mayor ó menor legitimidad que pudo adquirir con las costumbres, contratos, leyes y otros títulos que se van recogiendo y amontonando con el trascurso de los tiempos; prescindiré tambien de si á la época en que apareció, fué una verdadera necesidad ó no; de si era un necesario resultado de los anteriores trastornos, del aniquilamiento de los poderes públicos, del desmenuzamiento, digámoslo así, que se habia hecho de la sociedad, y de si fué ó no una época de transicion para llegar á tiempos mas felices: bástame saber que oprimia á la muchedumbre, que tenia en muy poco las instituciones y las leyes, y en mucho la fuerza; y que de suyo era un fuerte obstáculo para impedir que se organizaran gobiernos centrales y fuertes, tales como los necesitaban las naciones europeas para que obtuvieran proteccion todos los intereses legítimos; bástame todo esto para saber que si fué una necesidad, fué funesta, y si era una época de transicion, era trabajosa, plagada de inconvenientes y de males, y que por consiguiente, urgia abreviarla en cuanto fuera posible.

La esclavitud antigua habia cambiado de forma; mas al fin ecsistia en cierto modo la esclavitud; pero con la diferencia de que en el paganismo no habia ningun principio bastante á destruirla, por no tener ni verdad en el dogma, ni pureza en la moral, ni magestad en el culto, ni elevacion en los designios; y á la época del feudalismo ecsistia la Religion cristiana, que encierra todas estas condiciones humanas; y ecsistia el clero que por su poder y riquezas contribuia de un modo admirable á llenar el sublime objeto de la Religion, cuyo ministerio ejercia.

Tal era á la sazón el estado de los pueblos, que ni siquiera podia pensarse por parte de ellos en la adquisicion de las riquezas: ó los señores, ó la Iglesia; he aquí los únicos dueños posibles. ¿Y era mas ventajoso á la sociedad, era mas conducente para la emancipacion y prosperidad de los pueblos, el que se amontonasen todos los bienes en manos de los señores? y entonces ¿quién ponía coto á sus demasías, freno á su ferocidad, barrera á sus caprichos? Sin punto de apoyo los pueblos, sin medios para defenderse, sin sagacidad para concertarse, hubieran gemido en silencio, hubieran regado con sudor y lágrimas una tierra que les proporcionaba escaso alimento á sí y á sus hijos, mientras hacian brotar de ella las comodidades, el regalo, la opulenta esplendidez en que nadaban sus señores; y hubieran continuado labrando y robusteciendo sus

propias cadenas, con el llanto en los ojos, y la degradacion en la frente. Para los hombres que hayan recorrido la historia de aquellos tiempos, es un hecho indudable que la Iglesia estuvo siempre de parte de la debilidad y del infortunio, que amonestaba de continuo á los señores el que no vejasen á sus vasallos; y sin que se descubran en ninguna parte sus pretendidos proyectos de dar á la sociedad civil una organizacion teocrática, se la ve siempre luchar con esfuerzo contra la bárbara corriente del siglo, trabajando incansable para sustituir las instituciones y las leyes al derecho brutal de la fuerza.

¿Y creéis acaso que al orgulloso señor, encastillado en su inaccesible fortaleza, escoltado de satélites que defendian su persona, y rodeado de esclavos que besaban su planta, le hubieran hecho mella las palabras de la Iglesia, si ésta hubiera llevado la marca de la debilidad y de la pobreza? Pero afortunadamente para la humanidad no sucedía así; el feudalismo alegaba sus derechos feudales; y la Iglesia, como á señora tambien, mostraba los suyos; el feudalismo ostentaba riquezas, el clero ostentaba las suyas; el feudalismo desplegaba soberbio lujo en blasones, insignias, ricos trages, magníficas viviendas y numerosa muchedumbre de esclavos y dependientes; y el clero le contrastaba con la magestad del culto, con opulentas abadías, suntuosos monasterios, encumbradas cúpulas, anchurosos y magníficos templos, y no menos nu-

merosa muchedumbre de adictos y dependientes.

Tal contraste producía insensiblemente una revolución en la sociedad; y todo en sentido favorable á la verdadera libertad, y á la dicha de los pueblos. Para ser admitido en el clero, ni se necesitaban títulos de nobleza, ni cuantiosas posesiones; bastaba ser hombre, y cristiano, y no tener ninguno de aquellos defectos ó impedimentos que se oponen al decoro, ó á la santidad del ministerio. Esta regla, tan honrosa á la dignidad del hombre, que fundada en los principios de la Religión, y enseñada prácticamente por Jesucristo en la elección de los Apóstoles, ha sido observada constantemente en la Iglesia, debía producir en la época del feudalismo un efecto muy provechoso á la muchedumbre: porque una vez sentado que el hijo de un pobre podía ser elevado á las mayores dignidades, y verse un día en igual rango, y tal vez en abierta lucha con orgullosos señores, estaba ya zapada la preponderancia de los señores feudales, quedaba sembrada una semilla, que desenvuelta con el tiempo, había de producir ópimos frutos en beneficio de los pueblos.

Desde entonces todos los pechos podían abrigar una ambición, todas las familias alimentar una esperanza; y difundiéndose por todas partes las miras nobles y elevadas, y los deseos de mejoras en la vida, provocábase una activa fermentación, de donde brotaban de continuo altos pensamientos é inspiraciones generosas; formándose de esta ma-

nera aquella masa compacta y trabada, que llena de un poderoso principio de vida, comenzó á removerse y á causar estremecimiento á las fortalezas feudales, que tomando rápidamente creces en extensión y fuerza, empezó á levantar en alto los ominosos castillos, acabando por desplomarlos enteramente, luego que fué auxiliada y dirigida por un mayor grado de inteligencia.

Cuando fastidiado un lector de tantas declamaciones contra la preponderancia del clero, contra los medios de influencia que le ponían en la mano sus riquezas, y sospechando lo mutilado de algunas narraciones, lo infiel de muchos cuadros, y lo imaginario de pretendidas observaciones filosófico-históricas, se resuelve á examinar las cosas de cerca, á juzgar por sí mismo, pasando los ojos por los monumentos que nos ha conservado la historia, y principalmente leyendo con atención las varias colecciones de legislación eclesiástica, busca en vano por todas partes ese espíritu de agresión continua, que tanto se ha imputado á la Iglesia. Mira si puede encontrarla invadiendo el dominio del poder civil; pero á la sazón el poder civil apenas se divisaba, porque apenas existía; busca la decantada transgresión de límites, y los límites apenas existían; y no encontrando por todas partes más que un informe embrión de sociedad, que si da señal de vida, si da esperanzas de alcanzar algún día formas regulares, es solo por el calor, por la influencia, por el alimento que le

suministra la Religión, por el ascendiente, por la continua acción de ese clero tan calumniado, preguntase con indignación ¿dónde está la filosofía, dónde la imparcialidad, la buena fé siquiera? Lástima causa el ver cómo algunos canonistas adustos, y quisquillosos juristas, hablan de la monarquía, de la aristocracia, del pueblo de entonces, como pudiera hablarse de estas cosas, tales como son en el siglo XIX. Recuérdese que eran aquellos los tiempos de la ley Faída, de la Tregua de Dios, del Ignitegium, y desaparecerán todas las dificultades, se disiparán todas las prevenciones, y lejos de temerse la influencia del clero en toda clase de negocios, se la deseará, se la amará, porque será mirada como un faro en tenebrosa tormenta, como tabla de esperanza en los horrores de un naufragio.

Por lo que á mí toca, puedo asegurar que en recorriendo la historia de aquellos tenebrosos tiempos, al encontrar á los obispos reunidos en concilio, enseñando á los monarcas y señores sobre la naturaleza y estension de su poder, y recordándoles los límites que les imponen la razón y la Religión, encargando la recta administración de justicia, sobre todo en favor de los pobres, trabajando siempre por extirpar la brutal costumbre de apelar á la fuerza individual para vindicar un derecho, poniendo coto á la destemplada imposición de tributos por parte de los señores, y muy en particular, cuando encuentro á aquellos buenos padres, no olvidando en sus

desvelos la protección del comercio, entonces tan flaco como á naciente, y no solo recomendando la vigilancia para la seguridad de los caminos, sino prohibiendo severamente que se maltratase á los mercaderes que van de viage, y reprimiendo con penas eclesiásticas á los que roben á los náufragos, ó á los que apresen é despojen á los que naveguen para su comercio, todo este conjunto encontrado en medio de tiempos tan revueltos y calamitosos, me ofrece un cuadro tan consolador, tan hermoso, que no puedo menos de indignarme de que hasta tal punto se hayan atrevido á desfigurarle la ignorancia y la malicia.

Fácil me fuera estenderme mas y mas sobre la materia, ora consignando los hechos que atestiguan la verdad de cuanto llevo espuesto, ora siguiendo el sucesivo desarrollo de la sociedad europea, y manifestando con datos irrecusables, que en ningún tiempo han contrariado los bienes del clero la civilización; que nunca fueron un medio de esclavizar á los pueblos; que nunca les irrogaron los pretendidos perjuicios; pero esto me empeñaría necesariamente en consideraciones tan dilatadas, que no me sería posible encerrar este escrito dentro de los límites que le tengo señalados. No dejaré, sin embargo, de emitir una reflexión, que arroja mucha luz sobre esos objetos, y que en breve espacio, forma una victoriosa apología del clero, y vindica completamente su riqueza de los cargos de antisocial con que se le ha calumniado.

Es un hecho incontestable, que á la época en que tomó el mayor vuelo el espíritu humano, es decir, cuando renacieron todas las artes y ciencias, cuando se hicieron los descubrimientos que tanto movimiento moral y físico provocaron, como son el de la imprenta y del Nuevo Mundo, cuando se desplegó aquella actividad, aquella increíble laboriosidad para desenterrar los monumentos del antiguo saber, cuando se vieron salidas del seno de la Europa bárbara esas grandes sociedades, con sus formas regulares, con la organizacion de toda clase de poderes, entonces conservaba todavía el clero de Europa todas sus riquezas. Y esta sola coincidencia manifiesta bien á las claras, que la sociedad no estaba embarazada en su movimiento por las riquezas del clero, á la sazón abundantes; que habia marchado continuamente sin tener embargados sus miembros y facultades, y si á esto se añade otro hecho de igual certeza y bulto, á saber, que los mas esclarecidos sábios, y los artistas mas distinguidos, fueron al propio tiempo favorecidos y protegidos por el clero, y que no se puede dar un paso por la historia de aquella época, sin encontrar á los obispos, á los cardenales, á los Papas, alentando con aplausos, y estimulando con recompensas todo linaje de mérito, quedarán enteramente disipadas tantas preocupaciones como ha esparcido la mala fé, y ha tan fácilmente acogido la crédula ignorancia.

VI.

Así andaba mejorándose cada dia el estado de Europa, desenvolvianse rápidamente todas las facultades del individuo, ganaba continuamente la sociedad en la perfeccion de sus formas, y en la regularidad de sus funciones, y robusteciéndose mas y mas los poderes públicos, organizándose los varios ramos de administracion, allanándose lentamente las desigualdades nocivas, estendiéndose cada dia mas el respeto á la dignidad del hombre, á la propiedad, y á toda clase de derechos, llegábase ya al término por tanto tiempo apetecido, de sustituir enteramente la fuerza pública á la fuerza privada, la ley á la violencia, el derecho al hecho. Sentianse ya por todas partes los agradables efectos de tan provechosa mudanza; y en la mejora que habian tenido ya las clases inferiores, mas bien diremos, en la aparicion de una nueva clase muy numerosa, y en condiciones tan ventajosas, cual nunca se habia visto, palpábase ya, cómo se encaminaba la sociedad á su objeto principal, cual es, proporcionar el mayor grado de felicidad posible, al mayor número posible.

Pero desgraciadamente no se habian conseguido tantos bienes, sin que se hubiesen amontonado al mismo tiempo muchos elementos de mal: en el seno de las mismas sociedades que lisonjeaban al observador con agradable perspectiva en lo presen-